

## Conferencia inaugural del XI Congreso Nacional de Ciencia Política

**LILIANA DE RIZ**

Universidad de Buenos Aires, Argentina

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

[liliana.deriz@fibertel.com.ar](mailto:liliana.deriz@fibertel.com.ar)

Quiero agradecer, apreciados colegas, la distinción que me otorga SAAP al invitarme a dar esta presentación inaugural en este XI Congreso Internacional de Ciencia Política. No es sólo agradecimiento, es también una alegría particular constatar la continuidad de los congresos, ya en el undécimo encuentro, la diversidad de temas y de perspectivas que reúne y el espacio que abre para compartir con colegas nuestras certezas y nuestras perplejidades. Mucho se ha logrado desde los tiempos en que esta organización era sólo un proyecto y felicito a los organizadores de este encuentro. Celebro, pues, esta ocasión de pensar juntos en momentos en que la política cambia en un mundo en cambio veloz, y como lo pensaba Tocqueville, “un mundo nuevo exige una ciencia política nueva”. El desafío ante la transformación a escala civilizatoria en que vivimos, en un mundo en el que la política —que nunca abandonó la violencia en Occidente— regresa como religión, es necesario pensar las categorías con las que la ciencia política aborda el análisis de la realidad.

Quiero comenzar evocando aquí la conferencia de Dahrendorf a la que asistí en 1991, en ocasión del doctorado honoris causa que le concediera la Universidad de Bolonia. En la conferencia titulada “La revolución democrática o el uso de la ciencia política” decía Dahrendorf que le habría gustado que cada mañana al encender la TV un meteorólogo sociopolítico anunciara las zonas de alta presión en el mundo, los temporales en ciernes, los nubarrones, las corrientes de aire frío que avanzaban sobre Europa... La caída del muro en 1989 había sorprendido a todos y él se lamentaba de que no hubiera una ciencia política en grado de advertirnos en qué condiciones políticas emerge la protesta... y nos decía: la manzana cayó, vimos caer manzanas, pero desconocíamos la ley de gravedad...

Hoy las multitudinarias y sorpresivas movilizaciones de los indignados en distintas capitales del planeta tomaron de sorpresa a los estudiosos del cambio social y político y no sólo a los gobiernos. Como nos recuerda el hispanista Pierre Vilar, no importa quién encendió la mecha, importa la intensidad del combustible... ¿por qué hay que recurrir a las calles?

Donde hubo progreso social, no trajo aparejada la paz social y a diferencia de la tesis de *El Antiguo Régimen y la revolución* de Tocqueville, las expectativas

no realizadas estallan y la indignación reclama cambios, no una revolución: reclama democracia real, ya. La sorpresa más reciente ocurre en Brasil donde el 75 por ciento de su población apoya la protesta, a pesar de que un 74 por ciento dice estar en buena situación económica. Una protesta a la que se agrega el movimiento obrero organizado que reclama pero no cuestiona a la Presidente. Brasil es un laboratorio político y social hoy... manzanas caen, falta encontrar la ley de gravedad... En el futuro nos esperan nuevos episodios difíciles de anticipar. Internet ha transformado la política. La política en movimiento nos depara futuras sorpresa. Tenemos mucho que aprender.

Las tecnologías de la información y la comunicación posibilitan una vigilancia democrática impensable en otras épocas de asimetría informativa. Vivimos en sociedades de redes, de los “*tuits* en Twitter”, por los teléfonos celulares, sin intermediación de partidos ni organizaciones y, consecuentemente, sin líderes visibles, sin manifiestos, panfletos, tribunas ni tribunos. Correlativamente, los blancos de las protestas son difusos y por lo pronto no ponen en el banquillo al poder constituido ni abordan cuestiones macroeconómicas, lo que no quiere decir que esos aspectos no alimenten la irritación popular.

Este es un fenómeno que devuelve actualidad al pensamiento de Ostrogorski (si hay ex alumnos míos entre ustedes recordarán como suelo machacar con la lectura de este autor, con y contra Ostrogorski, como debemos hacerlo con los clásicos). En su único libro, *Democracia y partidos políticos*, publicado en 1902, casi una década antes de que apareciera el otro gran clásico del estudio de los partidos políticos, el libro de Michels, están vigentes las avenidas a recorrer para comprender las dificultades de la organización de la democracia en nuestras sociedades. Su temprano hallazgo respecto de la distancia que separa a la teoría de la democracia de las prácticas democráticas, su crítica al funcionamiento de los partidos como máquinas burocráticas, avanzan en la previsión de las tendencias que habrán de desplegarse a lo largo del siglo XX en las viejas y nuevas democracias —en las que las malas costumbres cuentan más que la ley (Tocqueville *dixit*)—. La solución que propone Ostrogorski —devolver la política a la sociedad civil— bajo la consigna “muera el partido, viva la liga” se asemeja a las consignas actuales, sólo que ahora las ligas son virtuales... una suerte de democracia de redes *avant la lettre*... Democracia de redes en sociedades desiguales en las que, por cierto, no todos los ciudadanos tienen los mismos recursos para participar. Beppe Grillo en Italia es el paradigma de esta propuesta que rechaza la democracia de partidos en nombre de una *vita activa* (en el sentido de Cicerón y de Hannah Arendt) y del combate contra la corrupción. Gracias a esa convicción, el actual gobierno de centro izquierda queda a merced del humor de Berlusconi.

¿Son los ciudadanos o los partidos los que hacen la diferencia? Viejo nuevo dilema, ¿es la virtud de los ciudadanos o la arquitectura de las instituciones como lo quería el republicanismo moderno? Montesquieu nos recuerda que hasta la virtud debe ser regulada. Desde inicios de los '80 asistimos a un *revival* fecundo de los temas de la filosofía política, de la interrogación sobre los fundamentos del orden justo, sobre el totalitarismo y en particular sobre la democracia, sobre su vigencia, sus promesas cumplidas e incumplidas. Alimentar este debate es una herramienta indispensable para combatir a quienes defienden utopías regresivas que celebran la voz del que manda y se apropia de la pluralidad de las voces.

La cuadratura del círculo reside hoy en la búsqueda de la convergencia entre formas organizadas de participación popular en decisiones públicas, en el control del ejercicio del poder y el fortalecimiento de las instituciones republicanas en sociedades de redes. No parece haber otra solución para los males de nuestras instituciones republicanas que una revigorización de su carácter republicano, como lo recordó Emilio de Ípola en una ponencia reciente.

Permítanme asumir que tres son los ejes indispensables para definir una democracia republicana como régimen político: la renovación pacífica de los gobernantes, el control del ejercicio del poder y el dar la voz del soberano. Esa voz no se reduce al voto sino que se abre a todas las formas organizadas de participación de los ciudadanos en las decisiones públicas. Entre todos los instrumentos de participación política, el voto es el más igualitario, otros mecanismos de participación privilegian a quienes tienen más recursos para participar. Delegamos en quienes gobiernan y los gobiernos deben ser capaces de gobernar y los gobernantes, responsables por sus acciones. Si esta distancia se cuestiona, si el gobierno encarna al pueblo autorizado por una mayoría de turno, no nos quedan argumentos para oponernos a la democracia plebiscitaria —o delegativa— que se encarna en los viejos y nuevos populismos que a derecha y a izquierda tienen sus defensores. Como hace cuatro décadas Helio Jaguaribe lo definiera, el populismo es un modo de ejercer el poder sin mediaciones, que reparte premios y castigos según el criterio del que manda.

La crisis de representación es ante todo el cuestionamiento a la mala praxis de los gobiernos, del prebendarismo y el clientelismo. El mal manejo de la gestión pública, la corrupción sistémica y la falta de una estrategia económica consecuente con los desafíos de un mundo globalizado, lo pagamos todos con la hipoteca del futuro. Esa crisis de representación es también inseparable de la desorientación de las dirigencias en un mundo que cambia a gran velocidad y nada de lo que esperábamos que ocurra, ocurre —como alguna vez definió Foucault al posmodernismo—. La experiencia

nos enseña que la democracia no está hecha siempre por demócratas, sino por jacobinos y férreos aparatos, defendida por leyes de excepción y sostenida por una opinión pública que cuestiona a los partidos, pero especialmente a aquéllos en los que hay crítica y libertad de expresión.

Asistimos a procesos de disolución de las identidades partidarias. El gobierno socialista en España fue el ejemplo esgrimido para afirmar que se borran las diferencias entre las políticas de izquierda y derecha. Sin embargo, para muestra no basta un botón. La alternancia permite hacer visibles las continuidades y las rupturas en cada caso, es decir las diferencias en la política pública de las orientaciones partidarias del PSOE y el PP. En Chile, más cerca nuestro, la nostalgia por los partidos que precedieron al retorno de la democracia —Tomás Moulián mostró cómo se disolvieron viejos clivajes en el espectro partidario chileno agrupado en dos bloques— contrasta con lo ocurrido tras la alternancia y el eventual retorno de Bachelet hoy. Viejos clivajes cobran vitalidad. Derecha e izquierda siguen ordenando el arco partidario chileno. La dificultad del sistema político argentino es que sólo tiene breves interregnos para el dominio de un movimiento político atrapa todo. Como dice Bernard Manin, la libertad democrática no consiste en obedecerse únicamente a uno mismo, sino en obedecer a alguien en cuyo lugar puede encontrarse uno mañana.

En nuestras democracias persiste una tradición de divorcio entre la lucha social y la lucha política, todavía hay quienes separan, como en los años '70, la democracia sustantiva de formal, o los que proclaman a la democracia participativa como forma superior a la representativa. No me cabe duda de que la democracia tiene que ver con la justicia. Charles Tilly supo expresarlo bien: la democracia es la esperanza de que el día de mañana llegará y todos tendrán su oportunidad. Cuánta miseria tolera la democracia, se preguntó Tocqueville y cuánta desigualdad, agregamos hoy. Un componente ineludible de cualquier postura republicana es la incorporación de los sectores excluidos, a los dejados de lado por el Estado, como ciudadanos plenos. Esto significa, en primer lugar, el reconocimiento de su calidad de sujetos de derecho, y la asunción de una obligación colectiva respecto de condiciones de vida, de salud y de educación básicas para todos los habitantes.

¿Cómo se transforma la democracia representativa en esta era digital sin perder su dimensión republicana? Pregunta para la que la ciencia política no tiene aún respuesta.

Los ciudadanos no pueden decidirlo todo, pero pueden controlar todo, pueden ejercer su poder de veto, como lo señala Pierre Rosanvallon. Asistimos al fin de los partidos como los conocimos, al fin de un ciclo político asociado a las formas del Estado de bienestar; al fin de la democracia de

equilibrio en la que partidos, sindicatos y organizaciones intermedias configuraron las denominadas democracias de integración. Sin embargo, los partidos siguen siendo organizaciones indispensables para competir por el poder y sostener gobiernos. Acaso puede un movimiento de opinión subordinado a un liderazgo dar continuidad y estabilidad a las políticas públicas: la opinión es volátil —si seguimos sus oscilaciones—, la política resulta en un *stop and go* como advertía Schumpeter. Los líderes también son flotantes. Soy renuente a la proliferación de adjetivos para caracterizar subespecies de democracia demasiado volátiles. Prefiero analizar las democracias sin adjetivos para no obturarme de entrada la comprensión de los problemas. Hoy estamos desbordados por la profusión incesante de datos. A la vez, creo que aún comprendemos poco los procesos sociales y políticos.

Por último llegó el momento de decir algo sobre mí. Mi trayectoria encierra una biografía y como toda biografía puede convertirse en un problema conceptual. Es también la historia de una generación formada en este país en los años sesenta con grandes maestros como Mario Bunge, Tulio Halperín, José Luis Romero, Gino Germani... No me olvido la indignación con la que Mario Bunge denunciaba entonces cómo los conservadores se habían apropiado de la palabra liberalismo y reivindicaba la asociación tradicional entre liberalismo y progresismo. Yo me formé en el campo de la sociología —sociología política era entonces— a comienzos de la década del '60, tras cursar el tronco básico de las materias de filosofía —y tuve el privilegio de tener a Oscar Terán y a Emilio de Ípola como compañeros—. Fui alumna y asistente de investigación de Gino Germani en el Departamento de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Salí del país con el golpe de Onganía y compartí en la Cepal de Santiago de Chile diálogos con Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, Aníbal Pinto, Aníbal Quijano y más tarde, Jorge Graciarena. La Cepal de fin de los sesenta era un centro de pensamiento que irradiaba a toda la región con personajes como Medina Echeverría. Regresé un período breve al país, a una universidad en la que la idea de que todo era política comenzó a impregnarlo todo y entonces importaba más lo que un intelectual hacía que lo que sabía.

En el México de la década del setenta al que llegué después del golpe de Estado que derrocó a Pinochet en Chile, Pablo González Casanova seguía siendo uno de los intelectuales críticos más importantes y su libro *La democracia en México* era una obra de referencia obligada. ¿Por qué la locomotora de la revolución mexicana se había detenido, por qué no se rebelaban los mexicanos ante la explotación y el colonialismo interno?, ¿qué reformas eran necesarias para revivir las metas de la revolución? El hilo conductor de los debates era la construcción de sociedades más justas desde distintas perspectivas. La economía, la sociedad y la política eran dimensiones

necesarias para pensar los problemas que aquejaban a nuestras sociedades. El compromiso con el conocimiento útil para el cambio social animaba los trabajos. La formación generalista y la diversidad de temas caracterizó a una generación inquieta que, como la mía, vivió los años del exilio como una oportunidad de pensar con amplitud de miras en centros que reunieron a intelectuales de toda la región. América Latina era entonces mucho menos diversificada que hoy y con menor autonomía.

Con el fin de las dictaduras en los años '80 y los desafíos que planteó la transición democrática, la ciencia política comenzó a ocupar el lugar que la sociología tuvo en las décadas previas, sea bajo el paradigma de la sociología de la modernización o luego, el de la dependencia. La importancia del régimen político, de las instituciones, de la organización de la democracia impulsó estudios pioneros de transiciones para reflexionar sobre articulación de las masas y la política —relación subestimada en el paradigma de la dependencia y en las visiones románticas de las masas—. Daniel Levine produjo entonces un texto clave —"Paradigm Lost: From Dependency to Democracy" (1988)— señalando la subestimación del papel de los partidos políticos en ese paradigma. Recordar esto devuelve la actualidad del pensamiento de Germani, en cuyas fuentes volvemos a incursionar. Los partidos, los sistemas electorales, las formas de Estado, fueron y siguen siendo mis temas de investigación. La relación con Dieter Nohlen me abrió un amplio espectro de temas.

Este congreso reúne trabajos dedicados al análisis de casos nacionales, estudios de política comparada, nacionales y subnacionales, análisis de las democracias realmente existentes, de las relaciones internacionales, de la opinión pública. El desplazamiento de enfoques ensayísticos, predominantes en los años '70, hacia estudios empíricos con mayor sofisticación estadística y pluralidad de enfoques y métodos, produjo gran cantidad de conocimientos y modeló el perfil profesional de los politólogos. Se ha avanzado respecto de los debates iniciales acerca de presidencialismo versus parlamentarismo que marcaron los estudios en los '80 y Estado versus mercado en los '90. La organización del Estado, federal/unitaria, los sistemas electorales y de partidos, las tradiciones culturales, se enriquecieron con los estudios de historia política y el diálogo fecundo con el derecho. Los estudios comparados y la incorporación de enfoques de las relaciones internacionales completan los cambios.

No cabe duda de que la ciencia política, como cualquier ciencia, debe interrogar la realidad, hacer emerger a la superficie aquello que permanece oculto y fijar nuevas metas a la investigación. Para llevar a cabo esta tarea, es preciso ser menos sensibles a las modas y estar más atentos hacia los interrogantes que plantea la realidad, siempre esquiva para ser encasillada

Liliana De Riz

en los moldes de un solo enfoque. También es preciso tener presentes de los peligros que Giovanni Sartori advirtió en su célebre artículo “Comparación y método comparado”, no sólo para no caer en el dilema del “perro-gato”, sino también para no perder el *logos* ante la proliferación de las estadísticas y poder descubrir las “leyes de la gravedad”.